

Nicomedes Guzmán: Retrato de un Desconocido

Por Luis Sánchez Larrosa

Hay tres hombres que me consideran —o me consideraban— sobregirado en mis epítetos laudatorios de Nicomedes Guzmán. Tales críticos de mis demasías son, en orden alfabético, Edmundo Concha, Ariel Dorfmann y Nicanor Parra. Nicomedes Guzmán, novelista y poeta, nació en el invierno de 1914, en Santiago, el 23 de junio. Murió en Santiago en el invierno de 1984, la madrugada del 26 de junio. Nicomedes Guzmán se llamaba civilmente Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán. A poco de incorporarse a la literatura, adoptó el "nombre de guerra" de Nicomedes Guzmán.

Miembro de una vasta familia de extracción modesta, realizó difíciles pruebas para procurarse, por su cuenta y riesgo, un aparcato de cultura más o menos viable. Trabajos de hombre en la adolescencia; estudios interrumpidos en liceos nocturnos. Cuando ya la madurez del novelista, a propósito de la publicación del tomo de relatos *La Carne Iluminada* (1943), Alonso reparaba en las exageraciones a que conducía el amor desproporcionado por la metáfora, poniendo el dedo en la llaga de cierta elipsis que hablaba de la "llama insalvable de la vida" (esto es, en buen romance, la llama morosa oída de la vida), no hacía sino distinguir el complejo universo en que debe desenvolverse el escritor autodidacta.

El maestro moral de Guzmán, a larga distancia, fue Máximo Gorki. Los maestros directos, todos los grandes narradores de Chile. Los que lo habían precedido y los que en su intuición, siempre abierta y exquisitamente cordial o desprovista de envidia, hablaban de continuarlo.

En literatura, no discriminaba entre la izquierda y la derecha. Era capaz de pelearse en la defensa de Rafael Marín y de Raúl Silva Castro. Carecía del defecto capital del sectarismo. Se le ha discriminado —a él—, a menudo, situándolo en la izquierda intransigente. Desde el punto de vista de la humanidad de que daba muestras, reconociendo, alentando, difundiendo la obra de otros como si fuera la propia, no halló par en su especie.

En dicho sentido, en verdad, su reino no era de este mundo. Queriendo parecerse a la mayoría, no se parecía a nadie.

A veces, Edmundo Concha, que conoció en su juventud a Guzmán y que desde entonces mantuvo con él una amistad de tiempo variable, solpicada de atibajos de insólita doctrinaria, me atribuye rasgos del escritor desaparecido. La manga ancha, por ejemplo. El deseo de levantar piedras para descubrir genios.

¿Cuánto honor me hace mi amigo! Echo infinitamente de menos a Guzmán. Nos unía. Admiraba a Pedro Prado y a Sepúlveda Leyton; a Diego Dabó Urteña y a Victorino Vicario. Sus lecturas principales tendían que ver con el momento de reinvención del nacionalismo que vivió Chile hacia 1940. Se redescubría a Federico Gana, a Carlos Pérez Véliz, a Baldomero Lillo. Antonio Acevedo Hernández encarnaba al escritor nacido de las entrañas del pueblo andariego, trashumante, rico en experiencia de la vida, pobre en erudiciones clásicas.

Por su filiación social, Nicomedes Guzmán sólo tuvo el contacto de los colegios fiscales, y debido al temprano acceso a la existencia madura —trabajo y severas exigencias de hogar— se iba a encontrar privado, en sus estudios, de toda metodología superior.

En 1939 publicó su novela *Los Hombres Oscuros*. En esta obra al narrador nato maneja un tema en que han incurrido escritores ya expertos como Joaquín Edwards Bello (*El Roto*), González Vera (*Vidas Minúsculas*), Manuel Rojas (*El Delincuente*) y Alberto Romero (*La Vida del Conventillo*). Por qué Guzmán se embebió en

melodrama de Dumas, *La Dama de las Camelias*. Pero como el motivo que mueve a Guzmán no es el patético erudito (ni siquiera ha oído hablar del *Bourgeois y Pécuchet*, de Flaubert), sino un melodrama auténtico, el que se ofrece todos los días en el suburbio humilde de la ciudad, lo legítimo de la instancia aflora en estilo impresionante.

Si a Nicomedes Guzmán le hablara dicho Jacobo Dunker (Juan Cabrera Pajaritos), a la sazón su consejero espiritual y maestro, que estaba escribiendo de nuevo *La Dama de las Camelias*, de seguro habría acabado por destruir esas páginas como poco antes había hecho con otras que su guía había considerado ripianas. ¡Bendita ignorancia! *Los Hombres Oscuros*, novela de ingenua intriga, es una pintura patética de la sentimentalidad suburbana en un ámbito en que asoman los más descarnados y penetrantes perfiles humanos.

Conoci personalmente a Guzmán con motivo de la lectura de este libro en 1940, Guzmán tenía una fisonomía de adolescente disfrazado de hombre adusto. El hallazgo de *Los Hombres Oscuros* me había estremecido hasta las vísceras. Yo creía, de veras, que con los asuntos de Chile era inútil hacer literatura. Todavía existen muchísimas personas que piensan lo mismo. Guzmán me pareció un anfitrión desposeído del arte de la diplomacia o la liturgia. Directo, de apariencia malhumorada, hablaba a golpes de bacha con el bacha de filo agudo de su voz de muchacho. Le preocupaba sobremanera todo lo vinculado a la literatura: la Sociedad de Escritores, de la que fue director; los grupos culturales de las provincias; los autores ignorados en los más distantes y remotos lugares de Chile.

Isa y venía, dando enormes zancadas, con una pisa entre los dientes. A través de su amistad, al comienzo muy polémica y ardorosa, empecé a presenciar, acaso a destiempo, las grandezas y miserias de la literatura.

Si pretendiendo ni proponérselo, Nicomedes Guzmán se convertía en el jefe espiritual de la Generación de 1930, a la que yo, por razones de edad, no podía sumarme.

Disidente preso de las emendanzas de Guzmán, pero sin dejar de cultivar su compañía y su amistad, o más bien disputándole a cada instante con él, yo me había refugiado en una pequeña capilla de "anarcas" (así escribe Jünger) que elevaba cirios a la memoria de Dostoyevski, Gerardo de Nerval, Baudelaire, Poe y Lautréamont. Como Marcel Schwob primero y más tarde Bostón, salíamos por las calles de pavimento de buerilo en busca de la pobre Monelle, de Nadja la misteriosa.

Ante Guzmán me proclamé "normando" y adversario de cualquier neocortilismo.

¿Qué desposeído amor por las esencias telúricas caracterizaba a Guzmán! Lo hecí de fraga con mi simulado exotismo "normando".

En 1943 publicó su novela *La Sangre y la Esperanza*.

El barrio de la infancia —el sector llamado ultra Mapocho— servía de marco a una extensa y poemematizada evocación de las vicisitudes sociales, políticas y humanas de los años 20. Transminada por el lenguaje generacional (la realidad convertida en metáfora viviente), la novela, con retazos de ecos panfletarios, lograba reconstituir lúcidamente, cálidamente, estremecedoramente, el tiempo de la niñez del narrador. En *La Catedral* y *el Niño*, Eduardo Blanco-Amor conguiso, en lengua magistral, un proceso semejante.

Las imágenes y metáforas que forman y deforman el estilo de Guzmán representan hasta hoy un motivo de discusión entre críticos.

Menoscaban o enriquecen tales valores de la imaginación los alcances de la narrativa de

Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo]

Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile